

## AVES EN LA LÍRICA

**L**as aves siempre han inspirado a los poetas. Desde la pequeña avecilla que roza con sus alas los cristales, hasta la que habita en los riscos, lejos de la mirada del hombre. Toda la fauna con plumas y alas ha herido su sensibilidad creadora.

Un ave grácil, de plumaje oscuro y blanco que tiene el don migratorio de volver al mismo lugar de partida, inspiró la rima que Gustavo Adolfo puso en la boca de las gentes de su tiempo, y de todos los tiempos. «Volverán las oscuras golondrinas», aunque éstas ya no sean las mismas, las que aprendieron los nombres de los amantes y vieron tejer sus tímidos idilios. «Ésas no volverán».

El ruisenior cantado por Verlaine y Espronceda; el canario de «débil trino amarillo», de García Lorca; el colibrí, que alguna vez nos hiciera decir que es un «barquillo núbil de vela que viaja hacia el corazón»; las gaviotas de Emiliano Hernández, que para nosotros levantan el vuelo y escriben con sus picos el nombre de los barcos, pían entre los mástiles al rudo marinero de pipa trasnochada; ave que para Alva es una «islaña tortolilla enmudecida», y para Torres Ortega un «pequeño avión de carne, un pez en pleno vuelo».

Otra ave, la cigüeña, es tema principal en la poética de Guillermo Valencia. De tanta o mayor hermosura que el poema dedicado a los «lánguidos camellos de elásticas cervices», la cigüeña es cantada en tono mayor.

Afrenta la negrura de sus ojos  
el abenuz de tonos encendidos  
y van los picos de matices rojos  
a su garganta de alabastro unidos.

Con la veste de mágica blancura,  
con el tallo de lánguido diseño,  
semeja en el espacio su figura  
el pálido estandarte del ensueño.

Rubén se ensimisma con los líricos cisnes de intacta y unánime blancura, que pasean su gracia elemental en los lagos de ensueño. Este príncipe de las letras, testa mayor del modernismo, hizo de esta ave palmípeda el emblema de su poesía.

¡Oh, cisne! ¡Oh, sacro pájaro! Si antes la blanca Helena  
del huevo azul de Leda brotó de gracia llena,  
siendo de la hermosura la princesa inmortal,  
bajo tus blancas alas la nueva Poesía  
concibe en una gloria de luz y de armonía  
la Helena eterna y pura que encarna el ideal.

González Martínez le tuerce el largo, sedoso y flexible cuello a esta ave que parecía inmortal, por no sentir «El alma de las cosas ni la voz del paisaje», y la reemplaza por el sapiente búho que con su «inquieta pupila, que la clave en la sombra, interpreta el misterioso libro del silencio nocturno».

El búho, como casi todas las aves nocturnas de su tipo, encarna la filosofía del destino, el tránsito a lo ignoto del tiempo y de la vida. Contraposición esta, del ave decorativa a la interrogante visionaria de la sombra —simbólicos extremos— que ha dado lugar a considerar la utilidad e inutilidad del arte.

Junto al enigmático búho de penetrante mirada taciturna, aparece el cuervo de Poe que dialoga con el poeta en graznido sin igual.

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza  
con su grave, torva y seria decorosa gentileza;  
y le dije: «Aunque la cresta calva llevas, de seguro  
no eres un cuervo nocturnal,  
viejo, infausto cuervo oscuro, vagabundo en la tiniebla...  
Dime, ¿cuál es tu nombre, cuál  
en el reino plutoniano de la noche y de la niebla?»  
Dijo el cuervo: «Nunca más».

El alma errante y vagabunda de su Leonora se negaba a volver en las alas de ese lúgubre, córvido y odioso pájaro que, turbando su silencio, le contesta con tozuda crueldad: «Nunca más».

Sueño, videncia, mediumismo, el papel que hace este raro avechucho, ave del diablo que interpreta el fatalismo de la vida y de la muerte, extremos que el poeta profundiza con su genio, hermana legítima de esa otra ave en cuyo pico Rueda pone este interrogante.

¿A quién silbas, lechuza indescifrada?  
Cada vez que en la cruz te ve parada,  
tuerce sus garfios la veleta fuerte.  
Es que con el demonio batallando,  
cuentas las vidas que se van cegando  
como el ave-clepsidra de la muerte.

El genio creador de *Las flores del mal*, poeta maldito que bebe la hiel de la vida hasta saciarse y conoce la miseria total del hombre, ve en el albatros, gran pájaro marino, tendido en la cubierta de los barcos, con sus torpes alas cuales remos caídos de costado, al poeta que, «como ese príncipe alado», impotente pliega «sus alas de gigante» para que no le impidan caminar.

**Aves en la lírica.** Diario *La Industria* de Trujillo. 30/04/72